

ofrecido como lo deseaba; mas obedeciendo por entonces, fué recapacitando una larga oracion que hacer á su propósito cuando llegasen á su voto; pero entre tanto no faltaron otros de condicion casi su igual, que dijeron: ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito; que la ofensa es infinita, hecha contra dioses infinitos, y así debe ser infinita la pena; parécenos conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando mas de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya. Otros dijeron no convenir así, mas que arrojándoles gran número de poderosos rayos, los abrañase todos y criase otros buenos. Así fueron dando sus pareceres diferentes, de mas ó menos rigor, conforme su calidad y complexion; hasta que llegando á dar Apolo el suyo, pedida licencia, y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo: ¶

¶Supremo Júpiter piadosísimo, la grave acusacion que haces á los hombres es tan justa, que no te se puede negar ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes, ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento: si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste, y es imperfeccion en ti deshacer lo que hiciste para quererlo enmendar, ni pesarte de lo hecho; que te desacreditas á tí mismo, pues tu poder de criador se estrecha á tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos y criar otros de nuevo tampoco te conviene; porque les has de dar ó no libre albedrío: si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres, y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composicion de elementos y mas cosas, que con tanta perfeccion hiciste; de modo que te importa no se innove mas de una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, les diste al dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende della; si se supiera conservar en gratitud y justicia, cosa fuera repugnante á la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas pues lo han desmerecido por inobediencia (restringiendo las penas), debes castigarlos, que no es bien que tiránicamente posean tantos dones para ofenderte con ellos; antes les debes quitar este su dios, y en lugar suyo enviarles al del Descontento, su hermano, pues tanto se parecen; con que de aquí en adelante reconocerán su miseria y tu misericordia, tus bienes y sus males, tu descanso y su trabajo, su pena y tu gloria, tu poder y su flaqueza; y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general á buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza: con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz agora (ó Júpiter clementísimo) lo que mas á tu voluntad sea conveniente, de modo que te sirvas. ¶

¶Con este breve razonamiento acabó su oracion. Quisiera Momo (con la emponzoñada suya) acriminar el delito, por la enemistad vieja que con los hombres tenia; y conocida su pasión, reprobaron su parecer, loando todos el de Apolo; se cometió la ejecucion dello á Mercurio, que fuego (desplegadas las alas rompiendo por el aire) bajó á la tierra, donde halló á los hombres con su dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algun tiempo ser enajenados de su posesion. Mercurio se llegó donde estaba, y habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses (aunque de mala gana), fué forzoso cumplirla. Los hombres alteráronse del caso, y viendo que les llevaban á su dios, quisieron impedirlo, y procurando todos esforzarse á la defensa, asidos dél, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motin y alboroto, bajó al suelo, y como los hombres estaban asidos á la ropa (usando de ardid) sacóles el Contento della, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándose de allí consigo al cielo, con

que los hombres quedaron gustosos y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo su dios consigo, y no fué lo que pensaron. ¶

¶Aun este yerro vive desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así: que solo es el ropaje y figura que le parece, y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad si creyeres otra cosa ó la imaginas: ¿quién lo ver? Advierte. ¶

¶Considera del modo que quisieras las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites y alegrías, y todo aquello á que mas te mueve la inclinacion en el mas levantado punto que te podrá pintar el deseo. Si te preguntare, ¿adónde vas? podrás responder muy orgulloso, á tal fiesta de contento. Yo quiero que allá lo recibas y te lo dé; porque los jardines estaban muy floridos, y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljofares y perlas te alegraron. ¿Merendaste sin que el sol te ofendiese ni el aire te enojase? ¿Gozaste tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste alegremente recibido y acariciado? Pues ningún contento pudo ser tal que no se aguase con alguna pesadumbre; y cuando haya faltado disgusto, no es posible que cuando á tu casa vuelvas ó en tu cama te acuestes, no te halles cansado, polvoroso, sudado, abito, resfriado, enfadado, melancólico, doloroso, y por ventura descalabrado ó muerto; que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias, y suelen ser visperas de lágrimas, no visperas que pase noche de por medio: al pie de la obra, en medio de aquea idolatría las has de verter, que no se te fiarán mas largo. Vendrásme á confesar agora, que la ropa te engañó y la máscara te cegó; donde creíste que el contento estaba, no fué mas del vestido y el descontento en él. ¿Ves ya cómo en la tierra no hay contento, y que está el verdadero en el cielo? Pues hasta que allá lo tengas, no le busques acá. ¶

¶Cuando determiné mi partida, ¿qué de contento se me representó, que aun me lo daba el pensarla? Via con la imaginacion el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos, ó como si en ellos hubiera de habitar impasible; los anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar y cansarme en ellos; el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabia lo que son venteros y dieran la comida graciosa, ó si lo que venden fuera mejor de lo que has oído. ¶

¶La variedad y grandeza de las cosas, ayres, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traerme á la mano: todo se me figuraba de contento, y en cosa no lo hallé sino en la buena vida; todo lo fabriqué próspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegara estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara y trujera la cena á la cama y me arropara la ropa, y á la mañana me diera el almuerzo. ¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Habia visto unas mapas, parecióme que así estaba todo junto y tropeado. ¿Quién imaginara que habia de faltarme lo necesario? No pensé que habia tantos trabajos y miserias. Mas, ¡oh! ¿cómo es el no pensé de casta de tontos y propio de necios, de excusa de bárbaros y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar. Hice como muchacho simple, sin entendimiento ni gobierno: justo castigo fué el mio, pues teniendo descanso, quise saber de bien y mal. ¶

¿Cuántas cosas iba considerando cuando salí del meson sin capa y burlado! Quise comer de las ollas de Egipto, que *el bien hasta que se pierde no se conoce*. Todos íbamos pensativos: á mi buen arriero acabósele la cosecha y risa con la burla del mesonero; antes tiraba piedras á mi tejado, agora encoge las manos y las tiene quedas, viendo que es el suyo de vidrio.

¶Menos mal, discrecion es considerar, antes que digan, lo que pueden oír, y antes que hagan, el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro, que á una libertad hay otra, lenguas para lenguas, y manos para manos: todas las cosas tienen su razon, y á todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en tí, que aun tu secreto será ó puede ser, para el otro, público, y te podrá responder con obras ó palabras lo que no querrás oír ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderio, que si en tu rostro no dijere tu afrenta, irála publicando á todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningún enemigo es bueno, por flaco que sea; de una centelluela se levanta gran fuego. ¿Qué cosa tan honrosa, que digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriados y ajustados con la razon para que no se les atreyan y los pongan en ocasion! ¿No ves cómo la anduvo un arriero? ¶

Ya iba callando, no se reía, llevaba bñja la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas. Yo considerando mis infortunios, y cuando todos, cada uno mas emboscado en su nogocio, llegaron dos cuadrilleros en seguimiento de un paje que á su señor habia hurtado gran cantidad de joyas y dineros, y por las señas que les dieron debía ser otro yo. Así como me vieron levantaron la voz: «ah ladron, ah ladron, aquí os tenemos, no podeis irnos ni escaparos.» Luego á puñadas me apearon del hermano asno, y (teniéndome asido) buscaron la recua, creyendo hallar el hurto; quitaron las enjalmes, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garbanzo sin mirarlo. Decian: «ea, ladron, decí la verdad, que ahorcaros tenemos aquí si luego no lo dais.» No querian oírme ni admitir disculpa, que á pesar del mundo (sin mas de su antojo) yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones, torniscones, que me atormentaban, y mas por no dejarme hablar ni pronunciar defensa; y aunque mucho me dolía, mucho me alegraba entre mí, porque daban al compañero mas al doble recio, como á encubridor, que decian era mio. ¿No consideras la perversa inclinacion de los hombres, que no sienten sus trabajos cuando son mayores los de sus enemigos? Yo iba mal con él, que por su ocasion perdí mi capa y cené burro: sufría con menos pesadumbre el daño propio, por lo que cambiaba en el ajeno. Dábanle sin piedad, pedíanle que descubriese dónde lo llevaba ó quedaba guardado. El pobre hombre que, como yo, estaba inocente de tal cosa, no sabia qué hacer: al principio creyó ser burlas: mas cuando de la raya pasaron, al diablo daba el muerto y á quien lo lloraba; no se le hacia conversacion de gusto, ni quisiera conocerme. Ya tenian espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecia, ni el rigor de su castigo cesaba; como si fueran jurídicos jueces, nos maltrataban crudamente con obras y palabras (quizá que lo traian por instruccion). Ya cansados de aporrearnos y nosotros de sufrirlo, nos maniataron para volvernos á Sevilla. Librete Dios de delito contra las tres santas, inquisicion, hermandad y cruzada; y si culpa no tienes, librete de la santa hermandad, porque las otras santas, teniendo (como tienen) jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros en general es toda gente nefanda y desalmada, y muchos por muy poco jurarán contra tí lo que no hiciste ni ellos vieron, mas del dinero que por testificar falso llevaron, si ya no fué jarro de vino el que les dieron. Son, en resolucion, de casta de porquerones, corchetes ó velleguines, y por el consiguiente ladrones pasantes ó punto menos, y (como diremos adelante) los que roban á bola vista en la república. Y tú, cuadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tú eres muy honrado y usas bien tu oficio, yo te lo confieso y digo que lo eres, como si te conociera. Pero dime, amigo

(para entre nosotros, que no nos oiga nadie), ¿no sabes tú que digo verdades de tu compañero? Si tú lo sabes y ello es así, con él hablo y no contigo.

Ya estábamos despedidos de los clérigos, que se iban á pié su camino y nosotros el nuestro: ¿quieres oírme lo que sentí? Pues fué sin duda mas verme volver á mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos ni la muerte si allí me la dieran; si á otra parte acaso nos llevaran (siendo estraña) lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo, y la verdad habia de parecer y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos de la manera que puedes considerar si tal te aconteciera. No sé cómo uno de aquellos benditos me miró, que dijo al otro: hola, hao, ¿qué te digo? Creo que nos habemos engañado con la priesa. El otro respondió: ¿cómo así? Volvióle á decir: ¿no sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y este está sano? Leyeron la requisitoria, refrieron las señas, y vieron que casi se engañaron en todas. Y sin duda que debían de traer gana de aporrear, y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos desataron, y pidiendo perdon y licencia, se fueron y nos dejaron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito y remojar la palabra en la primera venta. No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella, no echáran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares, y cuando lo vinieron á mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte: gastado, robado, hambriento y desechas las quijadas á puñetes; desencasado el pescuezo á pescozadas, bañados en sangre los dientes á mojicones; mi compañero, si no peor, no menos; y perdonen, amigos, que no son ellos: ved qué gentil perdon, y á qué tiempo. Los clérigos iban cerca, luego los alcanzamos; admiráronse en vernos; supieron de mí la causa de nuestra libertad, que mi compañero estaba tal, que no se atrevió á hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió á su caballería; comenzamos á picar, y no con los talones, que los de albarda no alcanzaban; á fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y granjería de la feria. El mas mozo de los clérigos dijo: agora bien, para olvidar algo de lo pasado y entretener el camino con algun alivio, en acabando las horas con mi compañero les contaré una historia, mucha parte della que aconteció en Sevilla. Todos le agradecimos la merced, y porque ya concluian su rezado, estuvimos esperando en silencio y deseo.

## CAPITULO VIII.

En que Guzmán de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraja, según se la contarou.

¶Luego como acabaron de rezar, que fué muy breve espacio, cerraron sus breviarios, y metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atencion oido, comenzó el buen sacerdote la historia prometida en esta manera: ¶

¶Estando los reyes católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo dél no se conoció ventaja en alguna de las partes; porque aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los moros (habiendo muchos) estaba fortalecida con la buena disposicion del sitio. La reina doña Isabel asistia en Jaen previniendo á las cosas necesarias, y el rey don Fernando acudia personalmente á las del ejército. Teníalo dividido en dos partes: en la una plantada la artillería y encomendada á los marqueses de Cádiz y Aguilar, á Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y á los comandadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados; en la otra estaba su alojamiento con los mas caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada; y si

por ella pudieran travesar, habia como distancia de media legua del un real al otro; mas por serle impedido el paso rodeaban otra media por la sierra, y así distaban una legua; y porque con dificultad podian socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el rey por su persona muy á menudo visitaba; y aunque los moros procuraban impedir no se hiciesen, los cristianos los apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que cada día no pasó alguno sin que dos ó mas veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos; pero porque la obra no cesase (siendo tan importante) siempre, con los que en ella trabajaban, asistían de guarda noche y día las compañías necesarias. ¶

¶ Aconteció que estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya para cierto efecto. Los moros, que (como dije) siempre se desvelan procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea, y estando trabada socorrieron á los moros otros muchos de la ciudad. El rey don Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el rey al conde apretado y herido, mandó al maestro de Sant-Iago acometer por una parte, y al marqués de Cádiz y duque de Nájera, y á los comendadores de Calatrava y á Francisco de Bovadilla, que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería. Los moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra, y pelearon valentísimamente así ellos como los cristianos; y hallándose el rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron á mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los moros, dieron á huir, y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta meterlos por los arrabales de la ciudad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fué Daraja, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza. Era la suya una de las mas perfitas y peregrina hermosa que en otra se habia visto; seria de edad hasta de diez y siete años no cumplidos; y siendo en el grado que tengo referido, la ponía en mucho mayor su discrecion, gravedad y gracia. Tan diestramente hablaba castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja; pues entre las mas ladinas pudiera pasar por una dellas. El rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió á la reina su mujer, que no la tuvo en menos, y recibíendola alegremente, así por su merecimiento como por ser principal descendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin mas daños ni peleas, procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera y con ventajas que á otras de las mas llegadas á su persona; y así no como cautiva, antes como á deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea. ¶

¶ Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, demás del gusto que recibía en hablar con ella; porque le daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de mas edad y varon muy prudente, por quien todo hubiera pasado; y aunque los reyes vinieron después á juntarse en Baza (rendida la ciudad con ciertas condiciones) nunca la reina quiso deshacerse de Daraja, por la gran afición que la tenía, prometiendo al alcaide su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia, mas dióle alivio entender el amor que los reyes la tenían, de donde les habia de resultar honra

y bienes, y así no replicó palabra en ello. Siempre la reina la tuvo consigo y llevó á la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco á poco sin violencia, con apacibles medios, le dijo un día: «ya entenderás, Daraja, lo que deseo tus cosas y gusto; en parte de pago dello te quiero pedir una cosa en mi servicio, que trueques esos vestidos á los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura.» Daraja le respondió: «haré con entera voluntad lo que tu alteza me manda; porque habiéndote obedecido, si hay algo en mí de alguna consideración, de hoy mas estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos y suplirán mis faltas.—Todo lo tienes de cosecha (le replicó la reina), y estimo de servicio y voluntad con que le ofrezco.» Daraja se vistió á la castellana, residiendo en palacio por algunos días, hasta que de allí partieron á poner cerco sobre Granada: que así por los trabajos de la guerra, como para ir la saboreando en las cosas de nuestra fe, le pareció á la reina sería bien dejarla en casa de don Luis de Padilla (caballero principal muy gran privado suyo), donde se entretuviese con doña Elvira de Guzmán, su hija doncella, á quienes encargaron el cuidado de su regalo; y aunque allí lo recibía, mucho sintió verse lejos de su tierra, y otras causas que le daban mayor pena, mas no las descubrió, que con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquel gusto de su alteza lo estimaba en merced y recibía por suyo. ¶

¶ Esta doncella tenían sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin, sus calidades muy conformes á las de Daraja: mancebo rico, galán, discreto, y sobre todo, valiente y animoso, y cada una destas partes dispuestas á recibir un muy, y le era muy debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñon de Castilla se criara y hubiera nacido en ella: cosa digna de alabanza de mozos virtuosos, y gloria de padres que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente; de modo idolatraba en ella, que si se le permitiera, en altares pusiera sus estatuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, della era su voluntad, y su esposa (reconocida) nada le quedaba en deuda. Era el amor igual, como las mas cosas en ellos, y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribían, los amorosos recaudos que se enviaban no se pueden encarecer; habíanse visto y visitado, pero no tratado de sus amores á boca. Los ojos parieron muchas veces, que nunca perdieron ocasion de hablarse; porque los dos de muchos años antes, y no muchos, pues ambos tenían pocos, mas para bien hablar, desde su niñez se amaban, y las visitas eran á deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres y amor en los hijos con tan estrechos nudos, que (de conformidad) todos desearon volverlo en parentesco, y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada. Con esta revuelta y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con mas comodidad y alegría, para solenizar con juegos y fiestas lo que aquella pedía, y casamiento de tan calificada gente. Daraja ya dije quién era su padre; su madre fué sobrina, hija de hermana de Boabdín, rey de aquella ciudad, que habia tratado el casamiento. Y Ozmin, primo hermano de Mahomer, rey (que llamaron Chiquito) de Granada. Pues como sucediese al revés de sus deseos, mostrándose á todos la fortuna contraria, estando Daraja en poder de los reyes, y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, efectos de tristeza que mostró, á todos repartía, y ninguno salía con pequeña parte; mas como el daño fuese tan solo suyo, y la pérdida tan de su alma, tanto creció el dolor en ella, que breve-

mente le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de una enfermedad tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida y los remedios distantes. Crecían los efectos con indicios mortales, porque la causa crecía, sin ser á propósito las medicinas; y lo peor, que el mal no se entendía, siendo lo mas esencial de su reparo. Así de su salud (los afligidos padres) ya tenían rendida la esperanza: los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes; todos en esta pena, y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginación, de que le pareció sacar algun fruto, y aunque con riesgo, mas puesto en parangon del que tenía, no podía ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecución, procurando alcanzar ver á su querida esposa, cobró aliento y algun esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podían dañarle; despidió las tristezas y melancolias; pensaba solamente cómo tener salud: con esto vino á cobrar mejoría, á desesperación de todos que le vieron llegar á tal punto. Dicen bien, que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades. Y el alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial epictima, y así es bien procurársela; y cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó á convalecer, y apenas podía tenerse sobre sí, cuando previniéndose (para guia) de un moro, lengua que á los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espías, joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzon de la silla, su espada y daga caída (en traje andaluz) salieron de la ciudad una noche, atrojando por fuera de camino, como los que sabían bien la tierra. ¶

¶ Pasaron á vista del real, y habiéndolo dejado bien atrás, por sendas y veredas iban á Loja, cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitán de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huía, desamparando la milicia; pues como así los viese, los prendió. Fingió el moro tener pasaporte, buscándolo ya en el seno, ya en la faltriguera y otras partes; y como no lo hallase y los viese descaminados (tomando mala sospecha), los prendió para volverlos al real. Ozmin (sin alterarse alguna cosa, con libres palabras) aprovechándose del nombre del caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo de Padilla, y haber venido á traer un recaudo á los reyes de parte de su padre y cosas de Daraja; y por haber adolecido, se volvía. Otro sí, le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino, y que para tornar á él, habían tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, que todavía asistía, queriéndolos volver y no lo entendían, que ni á él se le diera una tarja que se fueran ó volvieran. Solo fué su pretension que un caballero tal como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones, que no hay firma de general que iguale al sello real; y no tanto mas, cuanto en mas noble metal estuviere estampado. Para los mal trapillos y soldados de tornillo tienen dientes, y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algun provecho, que eso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantos fieros habian de parar, volvió á decirle: «no entienda, señor capitán, que me diera pena volver atrás otra vez, ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud como yo no me faltara, mas pues consta la necesidad que llevo, suplicole no reciba vejacion semejante por el riesgo de mi vida.» Y sacando del dedo una rica sortija, la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego, que luego le dijo: «señor, vuesa merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal, que no se va con la paga del rey, ni desampara á su campo, menos que con la ocasion que tiene; y iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recaudo para que con seguridad pueda pasar adelante.» Así lo hizo, quedando muy amigos, y habiendo reposado se despidieron, tomando cada uno por su via. ¶

¶ Con estas y otras desgracias llegaron á Sevilla, donde por la relacion que traía supo la calle y casa donde Daraja estaba. Dió algunas vueltas á diferentes horas y en diversos días, mas nunca la pudo ver; que como no iba fuera ni á la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor y recrearse con su amiga doña Elvira. Viendo pues Ozmin la dificultad que tenía su deseo y la nota que daba, como en comun la dan en cualquier lugar los forasteros, deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan y de qué viven, especialmente si pasean una calle y miran con cuidado á las ventanas ó puertas: de allí nace la envidia, crece la murmuración, sale de balde el odio, aunque no haya interesados. ¶

¶ Algo desto se comenzaba, y fué forzoso (evitando el escándalo) cesar por algunos días; el criado hacia el oficio como persona de poca cuenta. Mas no descubriéndosele camino, solo se consolaba con que las noches (á deshora) pasando por su calle abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperacion vivió algun tiempo, hasta que por suerte llegó el que deseaba; que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre día, vió que don Luis hacia reparar cierta pared, sacándola de cimiento; así de la ocasion por el copete, aconsejando á su amo que comprando un vestidillo vil, hiciese como entrar por peon de albañería. Parecióle bien, púsole en ejecución, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse dello cuando se le ofreciese, y así se fué á la obra; pidió si habia en qué trabajar para un forastero. Dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando aventajarse á todos; y aunque con disgustos que tenía no habia cobrado entera salud, sacaba (como dicen) fuerzas de flaqueza, que el corazon manda las carnes. Era el primero que á la obra venia, siendo el postrero que la dejaba: cuando todos holgaban, buscaba en que ocuparse; tanto que siendo reprehendido de sus compañeros (que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia), respondia no poder estar ocioso. Don Luis que notó su solicitud, parecióle servirse dél en ministerios de casa, en especial del jardín. Preguntóle si dello se le entendía. Dijo que un poco, mas que el deseo de acertarle á servir haria que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversacion y talle, porque de cualquiera cosa lo hallaba tan suficiente como solicitado.

El albañil acabó sus reparos, y Ozmin quedó por jardinero, que hasta este día nunca le habia sido posible ver á Daraja. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo, y deshecho el nublar de sus desgracias, descubrió la nueva luz, con que vió el alegre puerto de sus naufragios; y la primera tarde que ejerció el nuevo oficio, vió que su esposa se venia sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas dellas, con que adornaba el cabello. Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado que en el alma tenía; y bien vió que tanta hermosura no podía dejar de ser la suya. Turbóse en verla de hablarle, y tanto vergonzoso como empachado, al tiempo que pasaba bajo la cabeza, labrando la tierra con un almocafre que en la mano tenía. Volvió á mirar Daraja el nuevo jardinero, y por un lado del rostro (aquello que cómodamente pudo descubrir) se le representó á la imaginación el lugar donde siempre la tenía, por la mucha semejanza de su esposo, de donde le vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo (arrimada al encañado del jardín) despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo á la memoria muchas, que si en cualquiera perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. ¶

¶ Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmin le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo y el corazón alborotado, volviendo á contemplar de nuevo la imagen de su adoración, que cuanto más atentamente lo miraba, más vivamente las transformaba en sí. Parecía sueño, y viéndose despierta, temía ser fantasma; conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender qué fuese, porque la enfermedad lo tenía flaco y falto de los colores que solía; mas en lo restante de las faiciones, compostura de su persona y sobresalto lo averaban: el oficio, vestido y lugar la despedían y desengañaban. Pesábale del desengaño porfiando en su deseo, y sin poder abstenerse de cobrarle particular afición por la representación que hacía; y con la duda y ansias de saber quién fuese, le dijo: hermano, ¿de dónde sois? Ozmin alzó la cabeza viendo su regalada y dulce prenda, y añadida la lengua en la garganta sin poder formar palabra, ni siendo poderoso á responderle con ella, lo hicieron los ojos, regando la tierra con abundancia de agua que salía dellos, cual si de dos represas alzarán las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraja correspondió con la misma orden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, á lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardín don Rodrigo, hijo mayor de don Luis, que (enamorado de Daraja) siempre seguía sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando: ellos, por no darle á entender alguna cosa, Ozmin volvió á su labor y Daraja pasó adelante. Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro: presumió si hubiera sido algún enojo, y preguntósele á Ozmin; el cual aunque no se había bien vuelto á cobrar del pasado sentimiento, mas esforzándose por la necesidad que tenía dello, le dijo: «señor, del modo que la viste la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra; y así no me lo dijo, ni sé cuál sea su pasión, especialmente que siendo hoy el día primero que en este lugar entré, ni á mí fuera lícito preguntarla, ni á su discreción comunicármela.» Con esto se fué de allí, con intención de saberlo de Daraja; mas en cuanto en estas palabras se entretuvo, ella se subió á largo paso por un caracol á sus aposentos, y cerró tras de sí la puerta. ¶

¶ Algunas tardes y mañanas pasaban destas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol de amor, con que daban alivio á sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho ni con seguridad tuvieron este gusto; porque de la continuación extraordinaria y verlos estar juntos hablándose en algarabía, y ella escusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya daba pesadumbre á todos los de casa, y á don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversación, lo cual no hacía con otro alguno tan desenvueltamente. ¶

¶ La murmuración, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando cómo manchar y oscurecer las vidas y virtudes ajenas; y así en la gente de condición vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazónada: es el ave de mas ligero vuelo, que mas presto se abalanza y mas daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar á lo llano la ola, y á los oídos de don Luis el chisme, creyendo sacar dello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica y trata

granjear á los mayores á costa ajena, con invenciones y mentiras, cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos á quien la propia virtud falta, y por sus obras ni persona merecen. Dióles don Luis oído atento á las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijeron: era caballero prudente y sabio, no se las dejó estar paradas donde se las pusieron; pasólas á la imaginación, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo; abrió el oído, no lo consintió cerrado, aunque algo se escandalizó; muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que mas le turbó fué sospechar si su jardinero era moro que con cautela hubiera venido á robar á Daraja: creyendo que así sería, cegóse luego; y lo que mal se considera, muchas veces y las mas no ha salido bien la ejecución por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió á prenderlo. El sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándolo con este seguro, fué donde Daraja estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabía todo, y aun de días antes lo había barruntado. Mostróse á don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borron semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase, pues para cualquier mala sospecha habían abierto senda. ¶

¶ Estas y otras bien compuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hicieron á don Luis (con facilidad) arrepentirse de lo hecho. Quisiera (según Daraja lo deshizo) nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que lo impusieron en ello. Mas por no mostrarse fácil, y que sin mucha consideración se hubiese movido á cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, le dijo desta manera: «bien creo y de cierto conozco, hija Daraja, la razón que tienes y lo mal que (con término semejante) contra tí se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien descendes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes mis señores todo el amor que un solo y verdadero hijo puede ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer, que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia, en cuanto fuese tu voluntad; y que debó dar de tí la cuenta conforme á la confianza que de mí se hizo. Por lo cual, y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder, como quien eres, con el buen trato que á mi lealtad y á lo mas referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en tí haber cosa que desdiga ni degenera. Mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmin cuando entró á servir de peon), acompañada de hablar en arábigo, para desear todos entender lo que sea; ó cuál fué su principio, sin haberle antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, á muchos quitarás la duda y á mí un impertinente y prolijo desasosiego. Suplicote por quien eres nos absuelvas esta dada, creyendo de mí, que en lo que fuere posible, seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca.» ¶

¶ Curiosamente estuvo atenta Daraja en lo que don Luis le decía para poderle responder, aunque su buen entendimiento ya se había prevenido de razones para el descargo, si algo se hubiera descubierto; mas en aquel breve término (dejando las pensadas) le fué necesario valerse de otras mas á propósito á lo que fué preguntada, con que fácilmente (dejándolo satisfecho) descuidase cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo según solía, y dijo así: «señor y padre mío, que así te puedo llamar: señor por estar en tu poder, y padre por las obras que de tal me haces: mal correspondiera con lo que soy

obligada, y á las continuas mercedes que recibo de sus altezas por tus manos, y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discreción mis mayores secretos; amparándolos con tu sombra y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmada tu deseo; que aunque traer á la memoria cosas que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar y dejar deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas asegurado.» ¶

¶ Ya, señor, habrás entendido quién soy, que te es notorio, y cómo mis desgracias ó buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro) me trujeron á tu casa, después de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano y descendiente de los reyes della. Este mi esposo (si tal puedo llamarle) se crió, siendo como de seis ó siete años, con otro niño cristiano cautivo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comían y dormían de ordinario por lo mucho que se amaban (ved si eran prendas de amistad las que he referido), así lo amaba mi esposo como si igual ó deudo suyo fuera; dél fiaba su persona por ser muy valiente, era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos, y en sustancia otro él: ambos en todo tan conformes, que la ley solo los diferenciaba, que por la mucha discreción de ambos nunca della se trataron, por no deshermanarse. Merecía bien el cautivo (dije mal: mejor dijera hermano y tal debiera llamarlo) por su trato fiel, compuestas costumbres y abidalgado proceder, que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron cautivos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este (habiéndose tratado de mis hechos) era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba: traíame papeles y regalos, volviendo los retornos debidos á semejantes portes; pues como Baza fuese entregada, y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los mas cautivos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobrarla fué tanto como el dolor de perdernos: dél podrás fácilmente saberlo con lo mas que quisieres entender; porque es Ambrosio el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas, Dios fué servido que á él viniese. Sin pensar lo perdí, y acaso lo he vuelto á hallar: con él repaso los cursos de mis desgracias, después que en ellas me gradué; con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, y entretengo la penosa vida, para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo por ser en mi favor te ofende, haz á tu voluntad, que será la mía en cuanto la dispusieres.» Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la extrañeza como del caso lastimoso, según el modo de proceder que en contarlo tuvo, sin pausa, turbación ó accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo; demás, que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes. Con esto fué suelto de la prisión Ambrosio, sin preguntarle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello á la información de Daraja; solo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro le dijo: «agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre, y si esta faltara, tú lo dieras por tus virtudes y nobleza; que según lo que de tí he sabido, en obligación te estoy por ello para hacerte de hoy mas el tratamiento que mereces.» Ozmin le dijo: «en ello, señor, harás como quien eres; y el bien que recibiere, podré precíarme siempre que de tu largueza y casa me ha procedido.» Con esto se le permitió que volviese al jardín con la misma

familiaridad que primero y mas franca licencia: las veces que querían se hablaban, sin que alguno en ello ya se escandalizase. ¶

¶ En este intermedio, siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraja, de que les era dado particular aviso, holgaban de saberlo, encomendándola mucho por sus cartas. ¶

¶ Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los demás principales caballeros de aquella ciudad deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer; mas como don Rodrigo la tuviese (como dicen) de las puertas adentro, era entre los mas opositores el de mejor acción al comun parecer. El caso era llano, la sospecha verosímil; pues de su condición, costumbres y trato ella tenía hecha experiencia, y las ostentaciones desta calidad no suelen ser de poco momento, ni el escalon mas bajo haber uno hecho alarde público de sus virtudes y nobleza, donde por ellas pretende ser conocido y aventajado; mas como los amantes tuviesen las almas trocadas, y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto ajenos de ofenderse. Nunca Daraja dió lugar con descompostura ni otra causa, que alguno se le atreviese, aunque todos la adoraban; cada uno buscaba sus medios, y echaba sus redes, cercando con rodeos, mas ninguno tenía fundamento. ¶

¶ Visto por don Rodrigo cuán poco aprovechaban sus servicios, cuán en balde su trabajo, y el poco remedio que tenía; pues en tantos días pasados de continua conversación estaba como el primero, vino al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercesión alcanzar algunos favores; y tomándolo por el mas acertado medio, estando una mañana en el jardín, le dijo: «bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes á tu ley, á tu rey, á tu natural, al pan que de mis padres comés, y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos; entiendo que, como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder á quien eres; vengo á tí con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si (tratando con Daraja) entre las mas razones la dispusieres, con las buenas tuyas, á que dejada la seta falsa que sigue, se quiera volver cristiana. Lo que dello podrá resultar, bien te es notorio: á ella salvación, servicio á Dios, á los reyes gusto, honra en tu patria, y a mí total remedio; porque pidiéndola por mujer, vendré á casar con ella, y no será poco el útil que sacarás deste viaje, que siéndote honroso, te será juntamente provechoso, y tanto cuanto pueda ponderar tu buen entendimiento; porque siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres, con la buena amistad que por intercesión tuya recibiere; no dejes de favorecerme, pues tanto puedes, y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo ser te importuno.» Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortación, Ozmin le respondió lo siguiente: ¶

¶ «La misma razón con que has querido obligarme, señor don Rodrigo, te obligará que creas cuánto deseo que Daraja siga mi ley, á que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo, y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado; pero amando tan de corazón á su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana, es doblarle la pasión sin otro fruto alguno; que aun en ella viven algunas esperanzas que podría mudarse la fortuna, dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido della y siempre me ha dicho, y lo en que la he visto firme. Mas para cumplir con lo que me mandas (no obstante que no ha de ser de fruto), la volveré á hablar y á tratar dello, y te daré su respuesta.» No mintió el moro palabra de cuanto dijo, si hubiera sido entendi-